



Solemnidad de San Juan de Sahagún 2021

Queridos hermanos:

San Juan de Sahagún no es un mero recuerdo del pasado; está vivo para siempre en Dios y nos acompaña con su testimonio de vida santa y con su intercesión en nuestro caminar diario.

Antaño reconcilió las enemistades de nuestra ciudad con su predicación y con su vida cercana a los hombres desde la comunión con Dios, alegre y de buen humor, libre en la defensa de la verdad, testigo fiel de la verdad del evangelio, que halla su más radical expresión moral en el seguimiento de Jesucristo en la práctica de las bienaventuranzas.

Juan de Sahagún eligió libremente la pobreza en la vida religiosa y fue un solícito defensor y cuidador de los más pobres: les entregaba lo suyo y pedía limosna para ellos a quienes tenían bienes. La mansedumbre y la misericordia de sus actitudes y actuaciones no se vieron alteradas por su encendida predicación de la justicia y de la paz, por las que trabajó con todo su empeño y con la fortaleza, sabiduría espiritual y capacidad de convicción, fruto de la gracia de Dios en él. Tampoco le faltaron persecuciones por causa de la justicia, que él asumió con la paz y la limpieza de corazón, de quien veía físicamente a Jesucristo en el sacrificio de la misa.

Como testigo del misterio de Dios y de la entrega sin reservas al servicio espiritual y material de los hermanos, especialmente de los más pobres, nuestro Santo Patrón es un regalo permanente de Dios para seguir mostrándonos de forma auténtica el camino del reino de los cielos y la grande recompensa que nos espera a quienes seguimos el alegre estilo de vida de las bienaventuranzas, es decir, el camino de los discípulos de Jesús en nuestra sociedad.

En el actual clima de las relaciones sociales, la memoria viva de San Juan de Sahagún nos alienta renovar la atención a la **llamada a la perfección de la caridad en el seguimiento de Jesucristo**, según nos ha mostrado hoy su Palabra: *“La obra de la justicia será la paz”* (Is 32, 17). *“Benedicid a los que os persiguen... A nadie devolváis mal por mal. Procurad lo bueno ante toda la gente... manteneos en paz con todo el mundo... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer”*... *“No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien”* (Rom 12, 14-21). *“Amad a vuestros enemigos... para que seáis hijos de vuestro Padre celestial”* (Mt 5, 44-45).



Del amor de Dios Padre, con el que Cristo nos ha amado, solo se puede dar testimonio con amabilidad. Por ello, el Papa nos ha exhortado en la Encíclica *“Hermanos todos. Sobre la fraternidad y la amistad social”*, a recuperar la amabilidad y a vivir la caridad en el ejercicio de la actividad política.

1. Recuperar la amabilidad

“En momentos difíciles donde sale a plena luz el espíritu del `sálvese quien pueda´... todavía es posible optar por el cultivo de la amabilidad. Hay personas que lo hacen y se convierten en estrellas en medio de la oscuridad” (222).

La persona que tiene la cualidad de la amabilidad “ayuda a los demás a que su existencia sea más soportable, sobre todo cuando cargan con el peso de sus problemas, urgencias y angustias. Es una manera de tratar a otros que se manifiesta de diversas formas: como amabilidad en el trato, como un cuidado para no herir con las palabras o gestos, como un intento de aliviar el peso de los demás. Implica `decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan´, en lugar de `palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian´” (223).

“La amabilidad es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices. Hoy no suele haber ni tiempo ni energías disponibles para detenerse a tratar bien a los demás, a decir “con permiso”, “perdón”, “gracias”. Pero de vez en cuando aparece el milagro de una persona amable, que deja a un lado sus ansiedades y urgencias para prestar atención, para regalar una sonrisa, para decir una palabra que estimule, para posibilitar un espacio de escucha en medio de tanta indiferencia. Este esfuerzo, vivido cada día, es capaz de crear esa convivencia sana que vence las incomprensiones y previene los conflictos. El cultivo de la amabilidad..., cuando se hace cultura en una sociedad transfigura profundamente el estilo de vida, las relaciones sociales, el modo de debatir y de confrontar ideas.” (224).

El cultivo de la amabilidad sería un buen propósito y una gracia a suplicar por intercesión de nuestro Santo Patrón para dar testimonio del evangélico en la vida diaria, en la propia familia y en el ejercicio público de la actividad profesional.



2. El amor político

El ejercicio supremo de la caridad es generar procesos sociales de fraternidad y de justicia que hagan posible reconocer a cada ser humano como un hermano y buscar una amistad social que integre a todos. La caridad política es el campo de la más amplia caridad; es avanzar hacia un orden social y político cuya alma sea la caridad social; “es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común” (180).

El amor se manifiesta no sólo en relaciones íntimas y cercanas; es también civil y político, y está presente en las relaciones sociales, económicas y políticas, que procuran construir un mundo mejor.” (181). Esta caridad política supone un sentido social que supera toda mentalidad individualista, ama el bien común y busca de forma efectiva el bien de todas las personas, en su dimensión individual y social. La buena política busca caminos de construcción de comunidades en los distintos niveles de la vida social, para no reducir las personas a individuos fácilmente dominables. (182)

El amor político no es mero sentimiento subjetivo utópico y estéril; es un amor social efectivo capaz de suscitar vías nuevas para afrontar los problemas del mundo de hoy y para renovar profundamente desde su interior las estructuras, organizaciones sociales y ordenamientos jurídicos (183). Para ello, es necesario que el amor social esté unido con el compromiso con la verdad; de la verdad de la razón y de la fe, sin relativismos, que facilita a la caridad social su proyección objetiva general; y así evita que la caridad social sea excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal, en el diálogo entre saberes y operatividad, con contenidos relacionales y sociales. (184-185). Esto supone también el desarrollo y la aportación necesaria de las ciencias para encontrar los caminos concretos y más seguros para obtener los resultados que se buscan.

La actividad del amor político es modificar las condiciones sociales que provocan sufrimiento; no es ayudar a un anciano a atravesar un río, sino construir un puente; no es ayudar a otro con comida, sino crearle un puesto de trabajo. El ejercicio del amor político es crear instituciones más sanas, regulaciones más justas, estructuras más solidarias; es organizar y estructurar la sociedad de modo que el prójimo pueda vivir con dignidad humana. (186)

Los desvelos del amor político han de expresar siempre un amor preferencial por los últimos. El horizonte político orientado por la caridad lleva a percibir la dignidad del otro, a mirar y valorar a los pobres en su inmensa dignidad, a respetarlos en su estilo propio y en su cultura, y a integrarlos en la sociedad. Esta mirada es el núcleo del verdadero espíritu de la política. No se puede abordar el escándalo de la pobreza con un pragmatismo sin alma, promoviendo estrategias que únicamente tranquilicen y conviertan a los pobres en seres domesticados e inofensivos, sin variedad de cauces de



expresión y de participación social. La educación ha de servir para que cada ser humano pueda ser artífice de su destino, armonizando los principios inseparables de solidaridad y subsidiariedad. (187)

El amor político tiene como primera urgencia resolver todo lo que atenta contra los derechos humanos fundamentales. Los políticos están llamados a preocuparse de la fragilidad, de la fragilidad de los pueblos y de las personas. Cuidar la fragilidad quiere decir fuerza y ternura, lucha y fecundidad, en medio de un modelo funcional e individualista que conduce a la “cultura del descarte”; significa hacerse cargo del presente en sus situaciones más marginales y angustiantes, y ser capaz de dotar a cada persona de dignidad humana, aún más allá de su propio país.

Las mayores angustias de un político no deberían ser las causadas por una caída en las encuestas, sino por no resolver efectivamente el fenómeno de la exclusión social y económica, con sus tristes consecuencias de trata de seres humanos, comercio de órganos y tejidos humanos, explotación sexual de niños y niñas, trabajo esclavo, incluyendo la prostitución, tráfico de drogas y de armas, terrorismo y crimen internacional organizado. (188)

La política mundial no puede dejar de colocar entre sus objetivos principales e imperiosos el de acabar eficazmente con el hambre, desde la opción por el amor y la justicia social y no por la especulación financiera. (189)

La caridad política es un amor que integra y reúne y está abierto a todos. El que gobierna está llamado escuchar los puntos de vista de los otros y a hacer renunciaciones que hagan posible el encuentro y la confluencia, al menos en algunos temas. (190). Mientras en la sociedad actual proliferan los fanatismos, las lógicas cerradas y la fragmentación social y cultural, un buen político da el primer paso para que resuenen las distintas voces. Es cierto que las diferencias generan conflictos, pero la uniformidad genera asfixia y hace que nos agotemos culturalmente. (191)

El amor social ayuda a comprender que la fecundidad de la política no se mide sólo por los grandes éxitos, que a veces no son posibles. También en la política hay lugar para amar con ternura, es decir, con amor que se hace cercano y concreto, que procede del corazón y llega a los ojos, a los oídos, a las manos. En medio de la actividad política, los más pequeños, los más débiles, los más pobres deben enternecernos. (194)

El amor político hace comprender que ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de la vida. Quien ama y ha dejado de entender la política como una mera búsqueda de poder tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor. La buena política une al amor la esperanza en los frutos del bien que se siembra. (195-196).



Carlos López Hernández

Vista de esta manera, la política es más noble que la apariencia, que el marketing, que distintas formas de maquillaje mediático. Todo eso lo único que logra sembrar es división, enemistad y un escepticismo desolador incapaz de apelar a un proyecto común. Reflexionando sobre el propio pasado la pregunta del político no ha de ser: “¿Cuántos me votaron, cuántos tuvieron una imagen positiva de mí?”. Las preguntas, quizás dolorosas, serán: “¿Cuánto amor puse en mi trabajo, en qué hice avanzar la vida de la sociedad, cuánta paz social sembré en el lugar que se me encomendó?”.

Que la vida y la intercesión de San Juan de Sahagún nos alcancen la gracia de hacer realidad estos nobles objetivos.

Salamanca, 12 de junio de 2021